







































un ministro abyecto de la justicia acaba de llamar a su puerta y de advertirle que se le necesita: él sale, llega a una plaza pública cubierta por una masa apiñada y palpitante. Se le lanza a un envenenador, un parricida, un sacrilego: él lo agarra, lo ejecuta, luego lo amarra a una cruz horizontal, le levanta el brazo; y entonces se produce un horrible silencio, y ya no se oye más que el crujido de los huesos que se rompen bajo la barra y los gritos de la víctima. Luego la separa y la pone sobre una rueda: sus miembros destrozados se enredan en sus radios, pende la cabeza, los cabellos se erizan y la boca, abierta como un horno, ya no emite más que un pequeño número de palabras sangrantes que a intervalos convocan a la muerte. Él ha terminado: le palpa el corazón, pero es de alegría; se aplaude, se dice para sus adentros: *nadie machaca mejor que yo*. Baja: extiende la mano teñida de sangre y la justicia le lanza desde la distancia algunas monedas de oro que él lleva consigo mientras atraviesa una doble fila de hombres que se aparta ante el horror. Se sienta a la mesa y come; luego se va a la cama y duerme. Y al día siguiente, cuando se despierta, piensa en cualquier otra cosa que haya hecho en la víspera. ¿Fue esto un hombre? Sí: Dios lo recibe en sus templos y se permite rezar. No es un criminal; y, sin embargo, ninguna ley se permite decir, por ejemplo, *que es virtuoso, que es un hombre honesto, que es valioso*, etc. Ningún elogio mortal le vale, pues todos ellos implican una relación con los hombres, y él no tiene ninguna.

Y, sin embargo, toda grandeza, todo poder, toda subordinación reposa sobre el ejecutor: él es el terror y el vínculo de la asociación humana. Eliminen del mundo a este agente incompreensible; en ese mismo instante el orden dará paso al caos, caerán los tronos y la sociedad desaparecerá.

*Las veladas de San Petersburgo* (1821).